

**ACOMPAÑADOS
POR LA PALABRA**

XVI

crecemos

DOCUMENTO DE ACCIÓN CATÓLICA OBRERA

QUE LA PALABRA DE
CRISTO PERMANEZCA
ENTRE VOSOTROS
CON TODA SU RIQUEZA
(COL 3,16)

El punto de inflexión

Es difícil señalar un punto “cero”, un punto de partida, pero identifiqué bien un punto de inflexión, un nuevo dinamismo que se puso en marcha en mi juventud cuando terminaba la carrera y me planteaba qué hacer de mi vida.

Primero fue pasar de las ideas sobre Jesús, de “la opción por Jesús”, de hacer referencia puntual en el juzgar de la Revisión de Vida, a buscar una formación sobre Jesús y el Evangelio... a seguir con seriedad el evangelio de los domingos... y después los de cada día con el deseo de “seguir a Jesucristo y vivir el evangelio...”.

Así, poco a poco, con lo cotidiano —“*el roce hace el cariño*”— y con la ayuda de algunos consiliarios, fui descubriendo que no se trataba de una opción abstracta por Jesús, por sus valores... ni un moralismo... sino de entrar en una relación personal con Jesús que está vivo y que podía amarlo como amo a quienes amo...

La revolución copernicana

Empecé a entender que leer, “estudiar” el evangelio, rezarlo era un encuentro cotidiano con Jesucristo, ir conociendo más a fondo, amarlo y seguirle de más cerca, como hicieron sus discípulos que

quedaron cautivados, se sintieron amados y le amaron... Confiaba en que esto transformaría mi vida como ocurrió con los discípulos.

Se va produciendo una revolución copernicana... No es sólo pasar del mundo de las ideas o de una fe abstracta o moralista, a una experiencia realmente cristiana, de encuentro personal con Jesucristo; sino que, más aún, ese paso me descentraba de mí misma. No se trata pues de ser una “*supermilitante*”, ni un “*superapóstol*”, no, no...; sino vivir la vida de cada día sin pretensiones ni expectativas, como un don, un regalo. Vivirlo recibiendo TODO del Padre como vivió Jesús. Y compartiendo y dando lo que recibimos. El centro se convierte en Jesucristo, y los hermanos que son su sacramento, donde Él se hace presente.

Una revolución no se hace en un instante... es un proceso muy largo y nunca terminado... Pide dejarse interpelar y moldear. Un goteo de agua puede agujerear una piedra después de largo tiempo... Un cuenco sólo se puede llenar de agua de lluvia si cada día lo ponemos al raso y boca arriba... unos días recogemos bastante, otros poco y otros quizás nada... pero es la única forma de recoger lluvia... Si no recibimos,



¿qué podemos ofrecer a los demás? Nuestro deseo y esfuerzo por evangelizar, nuestro testimonio, son en vano si no estamos empapados y fecundados por el Evangelio.

Una opción radical

En los momentos de discernimiento, o en momentos difíciles de nuestro vivir, ¿quién nos acompaña? ¿Quién nos da luz? San Ignacio, maestro del discernimiento, nos hace contemplar a Jesús en el Evangelio *“como si presente me hallara”*... Y, al mismo tiempo, meditar sobre nuestra vida, los caminos y decisiones a tomar... Es como tocar un piano, que siempre se toca a dos manos, cada mano hace su música... pero deben estar en armonía... Afinar nuestra vida con la de Jesús, que tenga el “tono” y el “ritmo” que sintoniza con la vida de Jesús...

Pero cada día es importante, cada día es un pequeño discernimiento: cómo acojo a este alumno, cómo me relaciono con el vecino, cómo afrontar el futuro de los hijos, qué esperanza podemos vivir en la situación actual...

A Jesús, en el Evangelio le puedo plantear mis interrogantes vitales y los de mi entorno para buscar la luz de Dios que nos conduce, que responde y, al mismo tiempo, nos

interpela. Decidirse a vivir a la luz de la Palabra, alimentados, acompañados y habitados por la Palabra... es una opción radical que marca nuestra vida.

Cada día me levanto, me lavo, me alimento, digo “buenos días” y “buenas noches” a los míos... Haga sol, haga frío... esté reventada o descansada... Cada día no es igual... hay días donde todo es más conciso y días donde podemos desahogarnos... pero no dejamos de hacer lo que nos es necesario para vivir una vida sana física, afectiva y laboralmente. Pues lo mismo para nuestra vida espiritual... Con todo, si pasamos por tiempo de desconexión... Él nos espera siempre y no nos lo reprocha, sino que nos acoge cuando volvemos... Volver a la Palabra es volver a casa...

La Palabra se nos da para ser escuchada, meditada y puesta en práctica..

En mi vida, el Estudio de Evangelio pradosiano cotidiano me ha configurado. Siguiendo la forma de hacer del P. Chevrier, he ido contemplando a Jesucristo en el evangelio, su vida: cómo ama, cómo se relaciona con el Padre, cómo acoge a los pobres, cómo vive los combates, cómo Él es la Verdad, cómo es la Vida... Nunca se acaba, es una riqueza inagotable!

Contemplantarlo, meditarlo para adentrarme en su persona para comprenderlo... y rogando que el Evangelio pase a mi vida, que le siga en todas estas dimensiones. No es el voluntarismo de querer “imitar a Jesús”. Imposible porque mi tiempo, mis circunstancias, etc., no son las que vivió Jesús. Sino que “seguirlo” es recorrer su camino recorriendo mi camino. Es vivir impregnada y animada por su mismo Espíritu que me llega por el encuentro con Jesús en el Evangelio.

Esto me pide paciencia conmigo misma, mucha gratitud —pues nadie me lo pide, ni me hace falta para nada... Pero me anima la confianza, y la experiencia vivida, de la eficacia de la Palabra (cf. Hb 4,12).

Para mí también es importante revisar, contrastar lo que descubro en el Estudio de Evangelio, y también las dificultades que encuentro con gente que me acompaña y con los que hago camino.

Hay diferentes medios, pero sólo hay un camino..

Hay diferentes medios que se complementan y cada uno debe ver cuál. El Estudio de Evangelio siguiendo el estilo del Prado, es una forma, pero hay muchas más... Se pueden seguir los evangelios de cada día, la

liturgia de las horas y la lectio divina, la oración ignaciana... También hay muchas herramientas prácticas como el Espacio Sagrado, entre otras.

También hay que encontrar el ritmo, el momento y el lugar... Me he ido adaptando a las circunstancias de cada etapa de la vida, buscando la forma práctica adecuada. Ahora que ya no tengo que ocuparme de mis padres, e.p.d., me va bien tener una hora más o menos fija por las noches —cuando “cierro” el trabajo y las cosas de casa. En un rincón de casa, un icono, la biblia y la libreta me esperan todos los días. Pero no por tenerlo más “organizado” va mejor... necesito determinación y tenacidad para no dejarme “robar” ese tiempo precioso y sagrado.

Pero, sea cual sea el medio y la forma, sólo hay un camino. Siempre lo mismo: SALIR de uno mismo, de los propios pensamientos y razonamientos, ponerse en la ESCUCHA, disponerse a ACOGER y ENCONTRAR al Señor en la PALABRA, en el Evangelio. Pedir conocerlo más y más, amarlo para seguirlo y darlo a conocer a través de nuestra vida y del compartir con los hermanos. Y saber que hay que ponerse a ello asiduamente sin desfallecer... Y disfrutar y dar gracias a Dios que nos ayuda.